

Los dueños del tiempo

Pedro Camacho Ruiz

Llueve en la ciudad. Por eso lleva mojaditas las puntas de sus cabellos, por eso sacude su paraguas al entrar; y está el libro... Es una tarde de marzo del año 1979, en Madrid, entre las siete y las ocho en el Café de siempre.

«Ella se sienta en la mesa reservada, junto a la ventana, le sirven su café sin pedirlo y le ponen el cenicero en el momento justo de encender su Winston. Ella nunca mira a nadie, solo lee y hace aritos con el humo.

El observa; su libro es ella. Y sigue sin adivinar el porqué del paraguas negro con empuñadura de caña, tan serio y fuera de lugar. ¿Una herencia del padre? Un padre... no sé, ¿banquero, diplomático? A ella le pega saber idiomas y haber conocido mundo... Sigue siendo guapa; más que guapa.

Ella siente la mirada mientras lee y le agrada. Hace unos días que él ocupa la mesa de al lado aunque no siempre fue así. El primer día que le vio estaba sentado en la barra del Café y ya se iba. El primer día, él se quedó mirándola un buen rato y se quedó sentado; no se decidió a hacer nada más. Y así desde entonces, pero entiendo su nueva proximidad y la espera; una pena, ya que hoy acabará todo.

En la calle Alcalá cae la lluvia sobre el alarido de las sirenas. El parpadeo de las luces azules y el correr de los

peatones provoca que el camarero se asome y se apresure a bajar la cortina de chapa de la puerta principal y eso conlleva que el ambiente del Café cambie; el silencio pesa, miradas mudas

cigarrillo, lo enciende, y tras su gesto y con el de ella aceptando, se sienta a su lado.

La radio del Café ladra la noticia: unos cuantos muertos más en el ha-

“Los dos se miran sin decir nada, disfrutan de la proximidad. El camarero levanta el cierre y vuelve a asomarse a la calle, ahora vacía, y entra con cara de circunstancias. Ella comienza a hablar y él sólo escucha y saborea sus palabras porque no quiere ofrecer nada a cambio... todavía”

que buscan complicidad. Hace unos minutos que todos han podido sentir el temblor en las cristaleras y casi al instante el sonido sordo de una explosión.

Él se levanta y se acerca a la ventana. Las gotas de agua que se deslizan sobre el cristal no le dejan ver la calle, sólo ve su reflejo en él y... Ella le está mirando ahora y eso le sobresalta. ¿Fumas? —ofrece ella—. Y él toma el

ber de los asesinos, esta vez muy cerca de la Biblioteca Nacional: se ruega permanecer en casa.

Los dos se miran sin decir nada, disfrutan de la proximidad. El camarero levanta el cierre y vuelve a asomarse a la calle, ahora vacía, y entra con cara de circunstancias. Ella comienza a hablar y él sólo escucha y saborea sus palabras porque no quiere ofrecer nada a cambio... todavía. Fuman

uno tras otro y no se dan cuenta que se han quedado solos y que el camarero, por no molestarla, recoge las mesas y barre a su alrededor.

Salen a la noche y se refugian de la lluvia bajo el paraguas negro. Es de mi padre —dice ella—, trabajaba aquí, en el Café, y se lo regaló un cliente; un embajador, creo. Y ahora es mío... papá murió en Navidad. Él camina con una sonrisa en la cara y ella le mira confundida. Era un juego —dice él—, intentaba adivinar por qué llevabas el paraguas. ¿Y acertaste? Él fija su mirada en ella, sorpresas otra vez, le pasa el brazo por la cintura y le roza los labios con un beso... Y después responde que no».

Aquellos fueron años de libro, de tabaco y tardes eternas de noches sin final. Pueden parecer personajes de una novela pero fueron reales, con gente muy viva y con la muerte trabajando en las calles. Te veo a ti con el paraguas y a ti, el jugador, tan claro como si fuera hoy... o quizá no. Hoy nos han robado lo esencial: no hay realidades que imaginar, espacio que conquistar, tiempo que... ¿perder? Atrapados en la Red y por gusto, dueños de un tiempo enlatado y de la vulgar sabiduría a la distancia de un enchufe, satisfechos esclavos de quién sabe quien... Y el tiempo pasa y le da por no volver.



Gracias por tu fidelidad